



DE ESTE DOLOR, UNA BOCANADA DE AIRE;
DE ESTA TRISTEZA, UN PASEO

De este dolor, una bocanada de aire;
de esta tristeza, un paseo

Primera edición, noviembre de 2025

© Niña Loba editorial

www.ninalobaeditorial.es / info@ninalobaeditorial.es

Colección: Narrativa contemporánea

Número: 30

© Javier Morante Cárdenas

Edición, maquetación y diseño: © Darío Méndez Salcedo

Logo e ilustraciones editoriales: © María Calderón Fernández

Fotografía de cubierta: © Javier Morante Cárdenas

Impresión: Podiprint

Impreso en España / Printed in Spain

ISBN: 979-13-87827-15-1

Depósito Legal: SE 2622-2025

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Si necesita reproducir algún fragmento de esta obra, diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) a través de la web (www.conlicencia.com) o en los teléfonos 917021970 / 932720445.

Una novela

de

Javier Morante Cárdenas

niñalobæEDITORIAL

A las mañanas, por devenir siempre una nueva oportunidad

A Lucía, por saber quererme

I

Veintitrés de febrero de 2024 a las diez menos veinte de la mañana. Miguel está solo en casa. Acaba de escribir un texto breve y ahora lo lee en voz alta:

¿Se puede escribir algo que no sea un ejercicio de onanismo? Ni la lista de la compra se escapa, me parece. Todo texto es un discurso, una declamación, una impugnación, una reivindicación deíctica y, como tal, el gesto egocéntrico por antonomasia, un canto al amor propio más o menos convincente, más o menos benigno, mejor o peor ejecutado, la preventiva impresión de una perspectiva que se derrumba nada más nacer. A mí me gusta *pasar el rato escribiendo* más que el hecho de escribir en sí, y eso por el placer facilón de exaltar y complacer a mi ego, que *escribir* es más difícil, de una entidad superior que requiere acierto, talento, paciencia y la enjundia de la verdad. Nada de eso tengo yo si lo pienso bien, me parece. Por eso me es mucho más sencillo *pasar el rato escribiendo* como ejercicio recreativo-onanista de reafirmación (porque no puede ser otra cosa, en realidad) que escribir: eso se lo dejo a los adultos. Y ni el *wasap* de la abuela octogenaria se escapa de esta voluntad puñetera. No es que me guste *pasar el rato escribiendo* porque se me dé bien o porque busque respuestas reduccionistas o análisis certeros, no tiene que ver ni con virtuosismo literario ni con búsqueda de paz o soluciones. No hay precisión ni pretensión de veracidad en mi discurso, sólo recreación onanista ante la imposibilidad de otra cosa que la búsqueda de ese placer cortoplacista. Es que es eso, a mí lo que me gusta es *pasar el rato escribiendo* y después al leerlo regodearme en un orgasmo rápido, para luego dejarlo, antes de la revelación de mi mediocridad: un ejercicio precavido de eyaculación precoz que evite el desastre, ése que se intuye nada más pulsar la última tecla: no valgo. Igual me gusta *pasar el rato escribiendo* porque adornar no se me da mal del todo. No me cuesta imprimirle cierta cadencia a un texto vacuo, disi-

mular su naturaleza fútil, la inutilidad de mi aportación a la existencia, y colocar por aquí alguna florecilla vistosa, colgar por allá alguna guirnalda exuberante, resultona, por acullá algún globo de colorines brillantes de formas ampulosas, algún resorte sorpresivo que grite: «Eh, percataos de mi acertado contenido. Es válido, ¿verdad?». En fin, dotar al texto de cierta armonía efectista, pueril, prosaica con la que validarme y colársela un poquito al lector, si es que eso es posible, que no lo es en lo absoluto, claro. Pero ¿y en la primera impresión? Yo vivo del afecto que perdura, concienzudo y profundo, pero si no me mato es por las primeras impresiones, y éstas se componen del oropel, los pequeños detalles ornamentales que nos salvan a todos de la intemperie, que dicen decir tanto con tan poco. Ahí quizá sí sé hacer algo. En la primera impresión reside el resumen de todas las cosas que buscamos, aunque sólo sean humo y volteretas. O igual no y ésta es otra frase vacía. El caso es que este texto no es más que eso, unas pocas palabras carentes de peso a pesar o a lo mejor por culpa de la saturación de ínfulas y fuegos artificiales, que por un lado pretende ser divertimento fácil y no obstante, por otro, que esta ligereza y su reconocimiento no sean nihilismo, sino reivindicación de lo ornamental, de su importancia como fundamento vital. Y eso es bonito, me parece.

Miguel es calvo, politólogo y parado, por describirlo de alguna manera. Tiene treinta y tres años. Le gusta la autoevaluación constante e injusta, el cinismo de derrota, esa dulce zahúrda de cómodo desprecio; le gusta la constante búsqueda del fallo y el sosegado palique intelectualoide («intelectualoide» es intelectualoide en sí mismo), los arrumacos por la mañana, por la tarde, por la noche, Miguel Noguera y los τόποι anarquistas. Le gusta el *lofi* de la niña y el gato, mordisquear los tapones de los bolígrafos, la reconciliación conyugal, estrenar ropa y despegar poquito a poco la película protectora de cualquier cosa nueva. ¡Oh, el estimulante placer de *lo novedoso!*, donde todo cabe porque nada tiene forma. ¡Uf, el estado potencial de lo contingente!, siempre a punto y, en lo aparente, desprovisto de carga alguna, que predispone a la experimentación, la sorpresa y el encuentro. Por eso no le es difícil empezar, siempre ha tenido el ímpetu

necesario para abordar lo nuevo, para el primer tirón, liviano, que tanto invita a fantasías gratificantes y que no acostumbra a pasar de ahí. Sí, fantasías que en su caso, como figuraciones y nada más, concluyen en el disfrute del camino, en una serie de aprendizajes cuasimísticos de media sonrisa resignada y bajo la lluvia basados en cosas que no ocurrieron o que en ningún caso constituyen breves de posibilidad, cuyo poso se fundamenta en que son mucho más valiosas por su significado profundo que por el verdadero resultado; que pesan por la pura inexistencia, donde siempre le gusta acudir a falta de realidades del todo reafirmantes. Por eso otra cosa es mantener el interés, soportar la frustración, el peso del aburrimiento, del recorrido, acabar bien o siquiera *terminar*, de manera voluntaria, esa actitud completista. De ahí que sostener en un tiempo prolongado una actividad específica que mantenga relación entre sí y coherencia interna es un imposible soporífero y mortal de necesidad, salvo esta inconsistencia que en sí es continuista, coherente.

El origen etimológico de *empezar* es moderno y deriva de la palabra *pieza* y del sentido del *paso a paso* y del *poco a poco*, porque se refiere a comenzar por lo pequeño, por una parte de una división de algo más grande. Por eso debe costarle tanto terminar, porque prefiere comenzar con todo y acabar de repente.

Además, luego vienen las dudas y las inseguridades en forma de catastróficas consecuencias, como magnificar las bondades del otro o autocastigarse, y la soledad y la frustración que devienen omnipresentes. Todo se complica, todo se vuelve confuso y, como también es muy orgulloso, en ocasiones le puede el ansia de la venganza basada en las ofensas hinchadas de una mente imaginativa, demasiado expuesta a lo contingente, desperdiciada en el miedo, el reproche y la negación. Su mente le puede porque es un laberinto repleto de trampas distribuidas convenientemente por pasillos oscuros y angostos, resbaladizos. Se pierde y sigue buscando para volverse a perder. Por suerte no se rinde, ni aun en su afán cicatero por perderse. Y entre tanto revalúa y, a lo mejor por acto reflejo, de los defectos del otro —que para la perceptiva consciencia de Miguel, son como grandes focos de faro en la noche más negra— concluye virtudes propias, reconstituyentes del ego que, claro, se diluyen al poco

tiempo para volver y volver a empezar con la mira fijada en el absurdo error de valerse de una mente laberíntica para salvarse de los peligros que la propia le generan. Algo tan tonto.

Lo que más disfruta Miguel es lo potencial, esa ilusión revitalizante, ese inicio de los sueños que nunca han sido, porque eso son los sueños. Le gusta ese coste de oportunidad enfermizo que asume y que elimina la satisfacción, que le hace volver a empezar una y otra vez y otra la búsqueda de no se sabe qué; ese ánimo del *blues*, del fin de curso, del paseo por la infancia, del plantón previsto, del gustito ése de rascarse cuando no se debe o no se puede, de la nostalgia que reside en las nimiedades y la autocomplacencia. También siente una especial atracción por la libertad posmoderna de poder sentirte solo, triste, frustrado y fracasado de tantas maneras diferentes y que todas sean la misma puta mierda paralizante, asfixiante y depresiva de que te provee el consumo esquizofrénico ese que nos damos porque nos dan. Le gustan estas cosas o es que no las evita, que igual es lo mismo. O no.

Miguel sale de casa. Son las diez de la mañana. Va de camino a la oficina de una empresa de paquetería. Le ha llegado un *mail* que le comunica que la tarde anterior no fue posible realizar la entrega, que el paquete está esperándole en la nave. Esas cosas que pasan hoy con las prisas turbocapitalistas: el repartidor miente (Miguel está todas las tardes en casa) porque al hombre no le da la vida para hacer todas las entregas. Esto supone cierta ilusión para Miguel porque no esperaba ningún paquete y porque resulta que no hay remitente: en el *mail* tan solo aparece la dirección de envío, nombre y apellidos de Miguel, la supuesta hora de intento y el nombre y demás datos de la compañía. Y Miguel piensa:

¿Qué será? ¿De quién? Qué misterio. Es como esas notitas que se recibían por San Valentín, que se echaban en una caja de cartón y con casi total seguridad eran de tus amigos, que te vacilaban. Pero ¿y si no? O como esas cartas que se escribían entre institutos, en los últimos años analógicos, con alumnos al azar de todo el país. Recuerdo que me tocó una chica de Valencia a la que nunca pude poner cara. ¿Qué será de ella?

Hace un día soleado, sin viento ni frío, aunque sea febrero. La oficina está a una hora y poco a pie, pero a Miguel no le importa, es una buena oportunidad para pensar y hacer algo diferente, por eso va caminando.

Miguel habla consigo mismo mientras camina:

Hoy la gente se queja mucho de no tener tiempo cuando en realidad se refieren al mal uso del que disponemos, si es que eso es posible. La cantidad de tiempo que hay es la misma porque vivir es en esencia tener tiempo, ser o sentir el tiempo en movimiento. O sea, el tiempo *es*, no se puede medir en términos de intensidad. O sí, porque a veces nos pasa más rápido, pero eso no cambia su esencia. También es cierto que hay necesidades básicas que cubrir y que es posible que las enfoquemos como una pérdida de tiempo, cuando quizá son la razón de vivir, ¿no? No sé. Yo tengo claro que lo que genera esa sensación de falta de tiempo, y por ende de vida, es el trabajo asalariado. El consumo bulímico de ocio consiguiente y la resaca de todo ese despropósito es la ansiedad, la depresión, la soledad y el vacío existencial. Este tipo de hábitos podrían llamarse *pérdida de tiempo*, si es que eso existe. No es que no tengamos tiempo, porque estamos vivos y tanto vale un segundo de hoy como valía hace ochenta años para los que vivían en ese momento. El problema es otro: la pérdida del sentido.

Miguel está pasando una etapa complicada. Sufre mucha ansiedad y miedo, y se siente frustrado, atascado en la inutilidad y la incertidumbre consciente de tanta ansiedad y tanto miedo. No duerme apenas, o muy mal. Calculando el tiempo perdido en sufrimiento, ese maldito coste de oportunidad. Buscando el rédito posible de todo ese miedo. Echando de menos la inconsciencia ante la falta de fe en la verdad, como si no fuera un inconsciente ya. Ha oído que los paseos van bien para reducir la ansiedad, que además es lo que hace la gente hoy: procurar reducir la ansiedad. A veces va bien hacer lo que hace la gente y alguien dijo que era incluso un acto revolucionario, lo de pasear. «Se referiría a hacerlo sin el móvil», piensa.

Hace unos días escribió:

¿Te sabes esa sensación de no saber qué hacer con tu puta vida? De buscar algo motivador que le dé cierto sentido al pasar de los días, que suponga algo de certeza y haga que todo se pare, aunque sea un poquito, durante un poquito. Tanta prisa por pasarme el juego me está haciendo detestarlo de una manera que ya ni se puede vender como romántica o melancólica; ni para verme como el Caminante sobre el mar de nubes me sirve. Es un rechazo a la existencia nada *instagramable*, más bien de verdad. Una existencia que parece inmune al cambio. Qué frustrante. Sobre todo porque hay cambios posibles, en tanto que todo es cambio, pero no soy capaz de acometerlos por mi cuenta. No soy capaz de verlos con credibilidad. La atomización medular de esta sociedad la hace inmune al cambio relevante, *nos hace*, porque estamos solos y solo no se hace nada. Pero eso, el cambio se da todo el tiempo, según se cuenta y según me parece por momentos. Entonces será que soy inmune a la percepción constante del cambio. Tanto es así que me cuesta creer que estoy escribiendo algo sobre el propio cambio. Yo vivo necesitando un cambio y, cuando hay cambio, lo detesto porque no me lo creo y por tanto no lo espero y no lo quiero y no lo puedo concebir. Deseo un cambio con ansiedad y la misma ansiedad me impide aceptarlo.

Quizá por eso todo lo que se te ofrece te parece falso, poco, tonto o innecesario. Sin duda, ésta es la prueba de la adultez para nuestra generación: el hastío por la vida. Pasas de ser un niño a un adulto cuando la desgana define tu rutina. La adquisición de responsabilidades o el vello corporal no tienen nada que ver ahí, sólo la desgana, y claro, la precariedad inmobiliaria, afectiva, económica, social, memorística, eso también.

Y pruebas cosas que no cumplen porque el nivel está muy alto: el de ansiedad, el de exigencia y el de necesidad consecuente. Te planteas cuál es el problema, cómo es que la gente lo lleva tan bien, mejor que tú sin lugar a duda. O por qué cojones, si lo llevan tan mal como muchas veces se deja intuir o te dicen terceros, no lo cuentan. La culpa es suya, ¿no? Si no, ¿de qué? Y como todas las soluciones pasan por el mercado de trabajo porque todos los bienes y servicios pasan por el mercado de trabajo y todo lo deseable son bienes y servicios (sé que no, pero cuesta), indefectiblemente ves el trabajo como un problema. Porque, además, no hay trabajo que te guste. A mí no

hay trabajo que me guste, entendiéndolo como actividad con ánimo de lucro que me posibilita cierto acceso precario a bienes y servicios, cierto estilo de vida *low cost* con pretensiones poco realistas. Lo que viene siendo hoy la sociedad, un páramo yermo de esperanza, con música estridente y bienes y servicios innecesarios y de plástique que deseas y deseas desear, o compras por seguir a flote, hasta que caes en la cuenta de que *nab* y sigue la rueda. Y no pienso investigar movidas precursoras y gratificantes que remedien esta visión desoladora de la sociedad de mercado y del mercado de trabajo que es la sociedad porque todas me parecen parches. Paso. Prefiero la frustración, la baja autoestima, la dependencia de la aceptación externa, el miedo, la ansiedad, la tristeza y todas esas cosas y muchas otras más, que al menos son de verdad: sirven para tener una actitud de desprecio absoluto por la sociedad ésta económica y salvaje en la que me he criado; ese cinismo que adopto como personalidad ante la carencia de posibilidades convincentes; ese rinconcito donde regodearme con autocomplacencia no me lo quita ni la depresión. Además, seré frívolo, pero soy incapaz de imaginarme una sociedad alternativa que no esté copada por pijos follantes con contactos, hipócritas con pintas de surfista o notario prematuro que frivolizan mis ensoñaciones. Intoxican hasta las ensoñaciones de sociedades utópicas donde el dinero, que es lo que los hace *ser*, no vale una mierda; qué hijos de la gran puta, so parásitos oníricos. Prefiero esto que esa distopía.

Miguel escribe de vez en cuando, en busca de abstracción y autocomprensión. Lleva unos cuantos años algo perdido, por eso empezó a opositar, por probar y por hacer algo con su vida. Ahora su vida consiste en ir a la biblioteca por aparentar que tiene vida, por que su rutina no consista en levantarse y vivir en pijama todo el día, aparentando que estudia, aparentando ilusión, aparentando esperanza, aparentando cordura y certidumbre, aparentando madurez y responsabilidad. Para evitarse hacer todo eso, y además hacerlo en pijama, se viste cual persona, coge la bici y se va a la biblioteca, donde pasa todas las mañanas de lunes a sábado aparentando que anhela *dedicarse a la oficina* y que es opositor, rodeado de otros adultos que aparentan estudiar, algunos adolescentes con cara de fin de mundo, algunos jubilados que leen el

periódico, embarazadas lectoras y, sobre todo, bibliotecarias. Al respecto de estas horas de cierto asueto rodeado de bibliotecarias, escribió allí mismo, hace un tiempo:

Dios, qué aburridas son las bibliotecarias. Siempre hablando en susurros, reunidas en corrillos exigentes, excluyentes, como palomas que se arrejuntan alrededor de las migas de pan. Como si lo que compartieran fueran confidencias impactantes y reveladoras, que no lo son y por obvias razones jamás cumplen con el nivel de interés que se le exige a todo aquello que se dice flojito en lugares concurridos. Hay una en particular que tiene pinta de ser mala persona, y me da la sensación de que se inventa chismes para tener de qué vivir en el trabajo, como ocurre en todos los trabajos, he de decir. No llego a enterarme bien de las movidas que comentan, pero, si pongo atención, en ocasiones consigo captar algo: cosas referentes a algún joven que dejó la mochila en la mesa, alguien al que le sonó el teléfono dos veces seguidas, el tatuaje colorido de aquél, algún otro con un olor desagradable, otro que estornuda fuerte, algún anciano medio sordo que grita sin maldad o vete a saber qué mierdas sobre algún libro con la solapa doblada o el polvo en las estanterías. Ése es el nivel, señoras y señores. Y son amables, diligentes e imprescindibles. Cumplen una labor invaluable porque también representan el valor de la cultura, el orden y la voluntad de aprendizaje. Pero ¡por Dios!, cómo pueden encajar tanto con el perfil estereotípico de mujer insulsa y retraída sin más vida interior que la de un botón marrón o un anacardo crudo, o tener tres gatos y mucha soledad. No sé por qué me da la sensación de que todas poseen una voluntad tiránica latente, vengativa y rabiosa, como unos *gremlins* que al mínimo contacto con el agua... Esto quizá es machista y lo lamento, ojalá mi percepción fuera distinta, ojalá pudiera entrever en ellas una pizca de humanidad, de ilusión por la vida y del brío de la sangre que fluye por las venas; ojalá un día vinieran a la biblioteca vestidas de cuero negro, ceñido, brillante como el charol, o tiraran una bomba fétida entre risas gamberras, o hicieran algún comentario hiriente hacia mí o hacia cualquiera. O yo qué sé, que pusieran a todo trapo en los altavoces la canción de «Hoy» de Los de Marras y que justo después, como en un *flashmob* imprevisible, saltaran al unísono sobre varias

mesas y alguna de ellas gritara desposeída con la lengua fuera, lujuriosa: «Tengo libido, a pesar de mi apariencia y mi forma de comportarme! ¡No preciso reivindicarme como ser sexual, pero, dada mi proyección, es lo más efectivo para impugnar este contexto dado! ¡A pesar de mi apariencia y mi forma de comportarme, de los corsés patriarcales, puedo ser incorrecta y sé lo que es un orgasmo, el delito, la masturbación convulsa o la emoción de lo imprudente! ¡Reivindico mi existencia como ser sintiente más allá de los libros y de este espacio de sabiduría que todos nos empeñamos en hacer inane! ¡Mi valía como mujer no depende de esta explicitación, pero hela aquí!». Sería magnífico; me retrataría, me arrodillaría y aplaudiría hasta la extenuación porque sabría que formamos parte del mismo mundo, que las bibliotecarias no son ajenas al padecimiento, que compartimos espacio-tiempo, que se pueden quebrar las imposiciones que nos someten, que la revolución es posible al fin. Ojalá algún día pase...

No está siendo fácil. Hace unos meses empezó a ir a terapia y por ahora no le está sirviendo de mucho. No es la primera vez, ya fue hace unos cuantos años y guarda un buen recuerdo. Estos últimos meses han sido bastante jodidos y eso lo ha vuelto a llevar. El texto del otro día acababa:

Soy opositor, estoy jodido por serlo y también por no serlo. Si no lo soy, peor, porque no hago nada con mi vida. Si lo consigo y llego a funcionario, odiaré el trabajo aburrido que definirá gran parte de mis días y por ende, de mi vida, y como consecuencia, a mí mismo. No estoy hecho para soportar el peso de la intrascendencia ofimática de un día y otro y otro. Hace tanto tiempo que no hago algo que me guste, que me suponga cierta ilusión... El problema es el capitalismo y la nefasta gestión de expectativas, junto a la tonta necesidad de exprimir la vida al máximo por miedo a morirnos sin haber hecho nada, como si nacer y no morir fuera poco. En lugar de *aceptar* pasamos los días haciendo *scroll* durante horas, viendo vídeos absurdos, imágenes deseables, o pensando que *se me escapa la vida y yo sin mejorarla al máximo* porque ¿quién cojones quiere estar presente en este mundo? Este mundo nos expulsa del presente y no vemos otra opción que pasarnos los días haciendo *scroll* durante horas, viendo

vídeos absurdos, imágenes deseables o *sintiéndome mal porque se me escapa la vida y yo sin mejorarla al máximo*. Nos sentimos mal por hacer cualquiera de esas cosas, por esa necesidad inevitable y el coste de oportunidad. Lo malo es que esa necesidad inevitable se deriva de hacer *scroll* durante horas, ver vídeos absurdos o imágenes deseables; se deriva de las premeditadas dinámicas adictivas de todo este capitalismo de ficción, claro. No sé, me paso el día asustado y a ratos, cuando me lo permito, pienso en que tiene que haber alternativa viable a esta mierda, una sociedad mejor y posible. Pero la verdad, lo reitero: soy incapaz de imaginármela sin estar copada por pijos folloflantes e hipócritas hijos de puta que frivolizan mis ensoñaciones y me hacen preferir la adicción a hacer *scroll*, ver vídeos absurdos o imágenes deseables a otra sociedad donde sigan existiendo esos pedazo de súcubos viajeros pseudoartistas con actitud proactiva y pintas de presentar algún *reality* en el Caribe. Yo vivo necesitando un cambio y, cuando hay cambio, lo detesto.

El inicio del camino es una acera estrecha y en mal estado con socavones provocados por las inclemencias del tiempo, el mucho uso y la falta de inversión. Hay tramos en los que, si coinciden dos personas en direcciones opuestas, uno de los dos ha de bajar a la carretera, donde los vehículos pasan a más de ochenta kilómetros por hora. Ésta acostumbra a ser muy transitada porque es uno de los principales accesos al centro de la ciudad. Se distribuye en dos carriles por cada dirección, sin mediana, sólo unas balizas de plástico verde fluorescente para que los turistas no invadan el carril contrario con tanta asiduidad. El asfalto está desgastado, quemado y agrietado por el sol, erosionado por el viento y la lluvia, por lo que las líneas apenas son visibles. En los laterales, casas y locales bajos, algún restaurante de barrio humilde, algún taller grasiento y destartado, alguna lavandería con ínfulas futuristas y un par de gasolineras.

Con ese zumbido constante de las motos, los coches y los camiones, Miguel va pensando:

Putas carreteras. Qué jaleo. No sé cuánto hace que se dijo que iban a arreglarla, con un carril por lado y ensanchando la acera. Nadie con-

trola la acción de los gobiernos locales con tanto ruido de motores y humo. No sé, la gente no sabe, no puede centrarse en lo relevante, por el ruido, el humo y el trabajo. La gente se desvive por darle sentido a su trabajo, más allá del puramente pecuniario, porque roba tanto de sus vidas que acaban identificándolo como lo mismo: su vida. Se desviven por lo que identifican que es la vida. Se mueren de un vivir que no lo es. En realidad se mueren de no vivir, porque se matan trabajando. Morirse es inevitable. Trabajar, también. Desvivirse por el trabajo no lo es. La gente le busca sentido a su trabajo para buscárselo a la vida, que piensan que es lo mismo. Y a veces es más fácil, sí, como un bombero o un carpintero. A veces es más difícil, como un periodista, un bróker o un técnico de administración especial. Entiendo esa necesidad, yo mismo la sufro, pero lo que no entiendo es que se lo crean. ¿No estaban simulando de cara al resto que su trabajo era relevante? O quizá es que la intención de la gente es creérselo ellos mismos —se ríe—. Vaya pérdida de tiempo.

Hay labores imprescindibles, claro está. Y luego hay razones imprescindibles: como ésta de darle sentido a tu trabajo, que ocurre justo cuando no lo tiene, más allá del puramente pecuniario. Porque hemos de darle sentido a nuestra vida y eso pasa por darle sentido a las tareas diarias que la rellenan, y en nuestras sociedades capitalistas el trabajo remunerado es una esencial y definitiva. El sistema capitalista además tiene la gracia de generar un sinfín de trabajos inútiles. De esa combinación nace la necesidad mencionada. Pero al menos ten la decencia de no creértelo tú mismo, basta con pretender que se lo crea el resto. Qué difícil es zafarse de la precariedad, ¡me cago en Dios y en su puta madre! Tengo clara una cosa, eh: **el trabajo es un castigo derivado de un pecado. El pecado es ser pobre.** El castigo, el trabajo. El pecado, ser pobre. Por eso los ricos, como representantes de lo divino, no trabajan ni son pecadores, al menos de la misma manera y con la misma intensidad ni bajo las mismas determinaciones de insalubridad que los pobres. Esto debería repetirse sin cesar y de manera consciente en la mente del precariado. Esto, que podría ser un aforismo regurgitado por la precariedad, creado por el capitalismo y criado por cierta naturaleza cristiana, se nos hace una evidencia indiscutible más allá de variables como el género, la edad, la procedencia, la ideología e incluso la clase. Repito: el pecado es ser pobre. El castigo es el trabajo.

De todo esto, y quizá para maquillar mi realidad precaria, se me ocurre un ejercicio semántico divertido: en realidad llamamos *trabajo* a aquello que no nos sacia, que consideramos que no se nos ha reconocido lo suficiente, aquello que requiere de dinero para entender su utilidad personal porque no nos provee de suficiente beneficio *per se*. Según esta lógica, aquello que diferencia el trabajo de labor distinta es la utilidad que tiene: el trabajo sólo es aquello que no reviste una utilidad clara o suficiente para nosotros en tanto que individuo, y lo único que lo diferencia de cualquier otra labor es nuestro nivel de satisfacción con la recompensa, un nivel bajo. En la forma que sea: prestigio, utensilio práctico, comida, techo, cama, sexo, etc. El nivel de cobertura, por así decirlo, de nuestras necesidades, de la sensación o no de reconocimiento propio por el esfuerzo en cuestión. Y si entendemos que la compensación no es suficiente, tan solo el dinero, que es un invento abstracto y por ello versátil y genial, puede cubrir mal que bien tal déficit en este sistema político-económico. Y a ese producto insatisfactorio y muchas veces absurdo lo llamamos *trabajo*, que entendiéndolo así no es un fin en sí mismo.

De la misma manera podríamos considerar arte o actividad artística aquella labor que sí nos provee de toda compensación necesaria, que sí cubre nuestras necesidades, todas y cada una, en relación con la inversión de esfuerzo y tiempo, que por eso es un fin en sí mismo y que tiene una utilidad intrínseca para nosotros. Si hacer ocho horas de oficina por día, de lunes a viernes, nos provocara una irresistible sensación de satisfacción, de valor propio y genuino —vuelve a reír—, podríamos llamarlo *arte* y no exigiríamos dinero ni contraprestación alguna a cambio, se tornaría una expresión satisfactoria de nuestra identidad. Por eso limpiar la casa o cocinar es un arte para quien lo disfruta y un suplicio para el que no. El dinero viene a paliar las carencias de una actividad sin utilidad evidente, suficiente, directa y satisfactoria. Y alguien podría decir: «Se necesita dinero para comer, ¿no?». Y la respuesta es que no, hay alternativas, otra cosa es que nos cueste concebirlas en nuestra sociedad actual, o que sea viable para una persona contra el mundo vivir sin dinero; por eso los grandes cambios son producto del colectivo. Por ejemplo, un justiciero, un protector, un servidor público cachas bien podría vivir de la hospitalidad de los protegidos, que con gusto se la ofrecerían si

se sintiesen seguros. Y en el momento en que eso no le supusiera suficiente recompensa por su esfuerzo, entonces el dinero haría su aparición o el justiciero cambiaría de actividad. O se volvería un mafioso que extorsionase a sus antiguos protegidos. También podría vivir así un carnicero, un dentista, un maestro, un albañil. Es difícil para nosotros entender que vivir de la hospitalidad, que consideramos caridad, pueda ser honroso y por tanto suficiente recompensa, pero eso está más relacionado con los valores capitalistas y nuestra concepción neoliberal del mundo que con cualquier otra cosa objetiva asociada al prestigio, que siempre es en parte subjetivo y a la vez un elemento cultural compartido. La amabilidad, la reciprocidad que supone ayudar y ser ayudado no tiene nada que ver con la dependencia o la deshonra. Y alguien podría decir: «Con el trabajo remunerado no sólo se puede conseguir dinero, también prestigio». Y es verdad, pero según lo veo ahora, aquí, hablando solo con mi mente, si te pagan es porque un nivel determinado de prestigio puede no cubrir tus necesidades. Como entiendes que el nivel X de satisfacción no te provee de recompensa suficiente, también quieres panoja, a ver qué pasa. Y cabe mencionar que mucho de ese prestigio que da el trabajo se debe al dinero de que nos provee, por eso los reponedores de supermercado, las camareras de piso o los barrenderos sufren carencia de prestigio, porque sufren carencia de dinero. Y pueden estar muy satisfechos con su trabajo, que a duras penas les da de comer, ojo. Pero se antoja más complicado, por eso de los elementos culturales compartidos. Así nuestra sociedad los priva del reconocimiento merecido, imprescindible elemento que necesitamos los humanos, lo que dificulta esa satisfacción consiguiente. Sin dinero no tengo prestigio y sin prestigio no tengo dinero; y, sin ninguna de las dos cosas, no tengo vida vivible. El dinero, por tanto, es un buen sustituto del prestigio. Tanto que ha llegado a confundirse una cosa con la otra. Por eso en el sistema capitalista el dinero es un fin en sí mismo, porque existe una fuerte correlación entre dinero y prestigio. Pero ojo, este prestigio del dinero muchas veces no alcanza cotas suficientes de satisfacción personal ni cobertura básica de necesidades, pues si así fuese no se requeriría de nada más que un billete o de una cantidad X de billetes para ser feliz o no morir de inanición, y no se querría otra cosa en lo que nos quedase de vida ni habría ricos

desgraciados, que los hay a patadas. El dinero es en realidad un instrumento y nada más, que no es poco. Uno genial, potencialmente útil si queremos facilitar la engorrosa búsqueda de la satisfacción personal y cubrir otras necesidades básicas como la comida o el techo, pero todo el tiempo se mece en un equilibrio precario, sobre todo si obviamos su naturaleza instrumental y las fluctuaciones de la vida. Por eso no debe considerarse un fin en sí mismo. Un poco de Perogrullo esta mierda mental que me monto.

El dinero es papel, metal o un dígito que asociamos de una manera tan fuerte e interiorizada al prestigio que es complicado entenderlo como concepto puro, de ahí que la peña con pasta lo pete y vayan de invitados a los sitios en los que el precario sólo entraría si se gastase una cantidad de la que no dispone. Qué absurdo.

Lo interesante del dinero entonces es el prestigio, porque éste nos provee de comida, amistad o protección y en la medida necesaria cubre muchas de nuestras necesidades, a veces sin tener que gastarlo siquiera; con proyectar el poder de prestigio potencial que representa, basta. De ahí a veces se derivan esas situaciones sin sentido que comentaba, en las que ayudamos al que menos lo necesita e ignoramos al más desgraciado, desvalido. Y alguien podría decir: «¿Pero de qué cojones me sirve el prestigio en medio de la selva, a solas, si no me sé valer por mí mismo?», y llevaría razón. Te sirve de lo mismo que el dinero, en ese contexto, le diría yo. El dinero es prestigio y el prestigio o la satisfacción adecuada a nuestras exigencias no sirve de mucho en contextos de soledad impuesta, rotunda, pues hay necesidades básicas por cubrir que en soledad no se pagan con prestigio, como beber o que no te coma un puto tigre. Somos animales sociales y poco podemos hacer si nos quedamos solos en el medio o largo plazo. Por eso la peña se queda tocada o se muere si sufre de demasiada soledad involuntaria. Por eso me estoy quedando loco con la oposición. Y por eso el colectivo es más importante que el individuo, porque el primero vive del apoyo mutuo que le es endógeno y el segundo del prestigio, que le es exógeno. Creo. Bueno, no sé, necesito tener amigos.